

Los recuerdos de la abuela Luna

Me llamo Clara y tengo 14 años. Desde que era pequeña, mi persona favorita ha sido mi abuela Luna. Ella siempre olía a galletas de canela y tenía el pelo blanco recogido en un moño con un lápiz atravesado, por si tenía que escribir algo. Me enseñó a coser botones, a plantar margaritas y a mirar las estrellas cuando no podía dormir. Cada vez que estaba con ella, sentía que era la persona más feliz del mundo.



Pero hace un tiempo, la abuela empezó a olvidar cosas. Primero eran cosas pequeñas, como dónde había dejado los lentes o qué día era. Después, a veces me llamaba "Martina", que era el nombre de mi mamá. Todos nos reíamos, y ella también, pero un día me miró fijamente y me dijo:

- Disculpa, ¿tú quién eres?

Esa noche lloré escondida debajo de las mantas. Sabía que la abuela tenía Alzheimer, una enfermedad que hace que los recuerdos se escondan, como si fueran mariposas que no quieren dejarse atrapar. Yo no entendía por qué no podíamos ayudarla a recordar, o por qué el mundo no se detenía para esperarla.

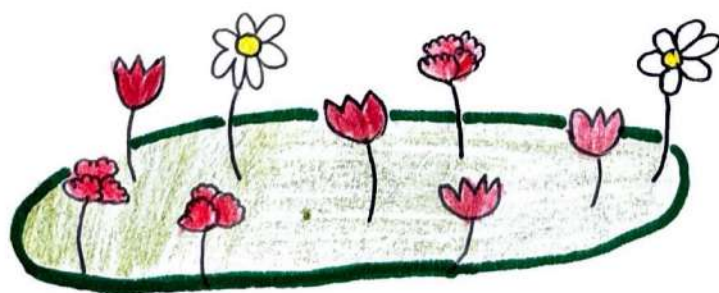
Un Sábado, mientras veía cómo se le escapaba una Sonrisa triste al recordar quién era yo, tuve una idea. Fui al jardín y planté muchas flores. A cada una le puse un cartelito con un recuerdo bonito. En una margarita blanca escribí: "Cuando me enseñaste a andar en bicicleta". En un clavel rosa: "El día que hicimos pan con forma de corazón". Y en una violeta: "Cuando me dejaste pintarme las uñas de azul". También puse un girasol que decía "Nuestro picnic bajo los árboles del parque." Cuando la abuela salió al jardín y vio todas las flores con sus cartelitos, se detuvo y las leyó despacio, con los ojos brillantes de curiosidad y ternura.

— Qué jardín tan bonito — me dijo —. Me recuerda a alguien, pero no sé a quién.

Yo le tomé la mano y le respondí:

— A ti abuela. Este jardín eres tú.

Desde entonces, cada domingo regábamos juntas el "jardín de las memorias". A veces la abuela me reconocía al instante y me abrazaba fuerte, otras veces me sonreía sin saber quién era, pero siempre decía que le gustaba "esa chica del jardín", y eso me alegraba. Yo aprendí que no importaba si olvidaba mi nombre o mis historias; lo que realmente contaba era el amor que sentíamos juntas.



Otro día, mientras contaba una de mis aventuras del colegio, se me ocurrió llevarle una caja de zapatos decorarla con papeles y brillantes.

— Aba, esta es nuestra caja de los días felices — le dije —. Cada vez que vivamos algo bonito, lo escribiremos en un papelito y lo guardaremos aquí.

Con el tiempo, la caja se llenó de papelitos doblados, algunos manchados de chocolate, otros con dibujitos de flores y corazones. A veces ella no recordaba haberlas escrito, pero cuando las leíamos juntas, su sonrisa iluminaba toda la habitación.

Una tarde de verano, fuimos al parque que más le gustaba. El cielo estaba pintado de naranja y rosado, y el viento movía suavemente las hojas de los árboles. La abuela respiró hondo y dijo:

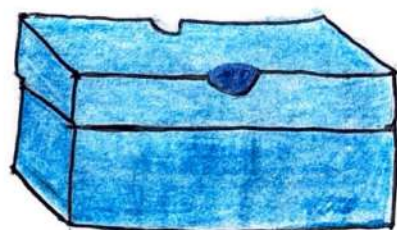
— Qué bonito lugar... me hace sentir como en casa.

— Co estás, abuela — le contesté abrazándola.

Entonces me miró con los ojos brillantes y dijo, muy suave:

— Clara... qué grande estás.

En ese momento sentí algo en su corazón si me recordaba, aunque su mente no pudiera. Me di cuenta de que, aunque la enfermedad siga avanzando, el amor que nos tenemos nunca se acaba.



CASA DE LOS DÍAS
FELICES

fin